

Análisis comparativo de la ética del trabajo en cuatro tradiciones religiosas y su impacto sobre la organización económica y social: del judaísmo a la Fe bahá'í

Comparative analysis of the work ethic in four religious traditions and its impact on economic and social organization: from Judaism to the Baha'i Faith

JOSÉ LUIS MARQUÉS UTRILLAS

Calle Camino del Vado, 18, 3º B - 50014 Zaragoza
jolumaru@gmail.com

Recibido/Aceptado:08-06-2021/23-10-2021

Cómo citar: Marqués Utrillas, José Luís. 2022. "Análisis comparativo de la ética del trabajo en cuatro tradiciones religiosas y su impacto sobre la organización económica y social: del judaísmo a la Fe bahá'í", *Journal of the Sociology and Theory of Religion*, 13: 22-47.

Este artículo está sujeto a una: Licencia "Creative Commons Reconocimiento-No Comercial" (CC-BY-NC)

DOI: <https://doi.org/10.24197/jstr.1.2022.22-47>

Resumen: Este artículo parte de la hipótesis desarrollada por Max Weber de que las diferentes concepciones del trabajo subyacentes en las cosmovisiones religiosas tienen un impacto decisivo sobre las formas de la organización económica y la acción social. Primera parte: cómo la tradición de escritura y estudio entre los judíos los llevó a su alto nivel intelectual en la Edad Media y al auge de intelectuales y artistas ahora. En la segunda: cómo el cristianismo conservó en los monasterios el saber, el trabajo y el arte, para evolucionar de forma distinta en la Europa protestante y la católica. La tercera parte analizará cómo el Corán promovió las ciencias y la economía en los primeros siglos del islam y por qué el puritanismo lo llevó a un declive progresivo. Finalmente se expondrán los presupuestos ideológicos de los bahá'ís que les favorecen para afrontar los retos de la globalización.

Palabras clave: cosmovisiones; tradición; auge; declive; retos.

Abstract:

This article starts from the hypothesis developed by Max Weber that the different conceptions of work underlying religious worldviews have a decisive impact on forms of economic organization and social action. Part one: how the tradition of writing and study among Jews led to their high intellectual level in the Middle Ages and to the rise of intellectuals and artists now. In the second: how Christianity preserved in the monasteries the knowledge, the work and the art, to evolve in a different way in the Protestant and Catholic Europe. The third part will analyse how the Koran promoted the sciences and the economy in the first centuries of Islam and why Puritanism led it to a progressive decline. Finally, the ideological presuppositions of Bahá'ís that favour them in facing the challenges of globalisation.

Keywords: worldviews; tradition; rise; decline; challenges.

1. INTRODUCCIÓN

Ha habido distintos esquemas para explicar el desarrollo de las culturas, fuera el lineal de Spengler (nacen, crecen, decaen y mueren) o el cíclico de Sorokin, según el cual se suceden ciclos en los que prevalecen los sistemas teológicos, los racionales o los censistas. Arnold Toynbee llegó a analizar multitud de culturas, imperios, civilizaciones y religiones que se han ido sucediendo a lo largo de la historia (Toynbee, 1981), y combinaba el modelo de desarrollo lineal y el cíclico.

Se esté de acuerdo con unas teorías u otras, es indudable que cada pueblo ha tenido unos paradigmas comunes para los temas importantes de la vida: un idioma, un espacio geográfico, una estructura social y política, unos mitos y creencias, unas costumbres sociales, una medicina, unas técnicas de cultivo o de construcción, una forma de transmitir los conocimientos a los descendientes, etc. Esos paradigmas prevalecientes, fueran creencias, estructuras, técnicas o hábitos, les han permitido persistir en el tiempo hasta que se han debilitado y desmoronado; por diversas causas, tanto internas como externas, han sido absorbidos por otros pueblos o se han transformado dando lugar a otra nueva cultura.

Tal paradigma da a cada pueblo una consistencia, unos objetivos y unos medios para seguir perviviendo. También da a cada individuo una seguridad

y un impulso para vivir en sintonía con los que le rodean. Unos lo pueden vivir de forma gozosa y positiva, sintiéndose copartícipes de una empresa común más amplia, con la que se identifican; otros lo viven como un armazón impuesto y agobiante del que querrían salir, especialmente si les ha tocado trabajar y sufrir bajo la opresión sin percibir beneficios a cambio.

Es evidente el papel decisivo que han tenido las cosmovisiones religiosas en la historia de los pueblos, como modeladoras de culturas. Aunque ha ocurrido en otras épocas, ahora abundan las sociedades, como la occidental, en las que no predomina un solo esquema, sino que conviven personas con esquemas mentales muy diferentes.

A los esquemas religiosos clásicos, se han añadido otros laicos, enfocados en la filosofía, en la política o en ambos: marxista, anarquista, socialista, nazi, fascista, naturista, ecologista, esperantista... La convivencia entre personas con esquemas tan dispares exige tolerancia y respeto a la libertad de creencias. Con la migración y fusión de culturas muy distintas, se impone aceptar la diversidad y la interculturalidad como valores positivos y enriquecedores. Pero durante siglos lo habitual ha sido que cada pueblo tuviera una misma religión: sintoísta, budista, mazdeísta, cristiana, musulmana... Recientemente, algunos países han tenido una ideología oficial marxista.

El hecho indudable es que las ideologías, religiosas o no, condicionan en cada sociedad su forma de trabajar, de estructurarse y de progresar culturalmente. Me propongo apuntar esos condicionantes en las creencias y las prácticas de cuatro religiones surgidas en Oriente Próximo, bien conocidas tres de ellas, las llamadas "religiones del Libro", a las que se une la Fe bahá'í como sucesora de las mismas, aunque minoritaria y poco conocida.

Me he servido de mis estudios de religiones comparadas. Espero que otros profundicen en las líneas que aquí se exponen y constaten si esas creencias siguen condicionando hoy día a los creyentes de nuestro tiempo.

2. LOS JUDÍOS

En el comienzo de las tradiciones bíblicas aparece el trabajo como un castigo divino impuesto por Dios a Adán, «con el sudor del rostro comerás el pan», mientras que a la mujer la castiga con los dolores del parto. No obstante, han sido más los cristianos los que vieron el trabajo como un castigo, especialmente en siglos medievales. Los hebreos, en cambio, veían en el trabajo una forma de dar sentido a la vida y mantener a la familia. Durante siglos no creían en una verdadera vida tras la muerte, por lo que estaban enfocados en mantener la alianza con Yahveh, defender la tierra que habían

heredado y cuidar de su descendencia mediante el trabajo. En el siglo II AEC es cuando comienzan a creer en la pervivencia de los justos, no así los saduceos, más apegados a las viejas tradiciones.

El ideal del hebreo antiguo era prosperar en su trabajo, tener hijos y nietos, a los que ver crecer, sentado a la puerta de su casa bajo la parra y la higuera. La ganadería heredada de los antepasados (Abraham y los patriarcas) se valoraba más que la agricultura, pues esta era más propia de los cananeos; por eso se contraponía a Abel con Caín, y a Jacob con Esaú. Si el hebreo cumplía bien las leyes de la tradición y trabajaba con esfuerzo, podía ver en la prosperidad el premio divino. Esa creencia la cuestionó el libro de Job con su dudas existenciales sobre un hombre con éxito y gran familia que lo pierde todo, aunque al final lo recupera.

La Biblia con sus leyes, tradiciones y consejos, tanto de los profetas como de los libros sapienciales, han mantenido al pueblo judío unido y fiel a su tradición a través de graves dificultades. Ha conseguido mantener su identidad durante siglos por varias razones, entre ellas: su fe religiosa y su conciencia de ser el pueblo elegido por Dios; su cohesión como pueblo y su vivencia en comunidad; su esperanza en un futuro en el que las tribus de Israel regresarán a su tierra y convivirán en paz (simbolizado en las espadas convertidas en azadas y el lobo paciendo con el cordero); tener unos libros sagrados respetados, que estudian habitualmente bajo la guía de los rabinos en las sinagogas; su apego a la tradición; su afán por leer, estudiar, preguntarse y discutir todos los temas de su religión y aplicarlos a la vida. Esto les ha favorecido un buen nivel de inteligencia, como han demostrado tantos judíos destacados en filosofía, medicina, economía, música y otras ciencias y artes.

Las sucesivas represiones no hicieron sino acrecentar su esfuerzo por encontrar en los libros y en las discusiones grupales un reforzamiento de su identidad. Amós (VIII AEC), el primero profeta de Israel de quien nos ha llegado algo escrito, denunciaba el abuso de las riquezas y urgía a la compasión hacia los huérfanos, viudas y extranjeros. Las tribus del norte (Israel) fueron conquistadas por los asirios. Más tarde la tribu de Judá al sur, con su capital Jerusalén, fue desterrada a Babilonia (586-537 AEC). Es entonces cuando surgen los grandes profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel, seguidos después por los autores que escriben libros sapienciales con sabios consejos de vida: austeridad, trabajo, honradez y vida familiar sencilla.

El malo consigue un jornal falso; el que siembra justicia, un salario verdadero.
[...] Fortuna rápida, vendrá a menos, quien junta poco a poco, irá en aumento.
(Prov. 11,18 y 13,11)

Comprendo que no hay para el hombre más felicidad que alegrarse y buscar el bienestar en su vida. Y que todo hombre coma y beba y disfrute bien en medio de sus fatigas, eso es don de Dios. (Eclesiastés 3,12-13)

La expulsión de su tierra por los romanos (140 EC) les privó para siempre de los sacerdotes y la vida ritual en el templo por lo que se acogieron al estudio personal en casa o con los rabinos. El estudio constante de la tradición escrita (la Torá o Ley, los profetas y los agiógrafos), la interpretación de la misma en el *midrash* y el Talmud, y las constricciones históricas que sufrieron los llevaron a un alto nivel intelectual en la Edad Media, después a la *haskalá* (ilustración judía del XVIII) y al auge de los intelectuales y artistas en el XX. Baste anotar que, habiendo solo unos quince millones de judíos, los galardonados con el premio Nobel ascienden ya a 169; más del 20% de los premiados se consideran judíos por religión, etnia o ascendencia.

2.1. Las minorías

Con todo respeto y aprecio hacia otras culturas, contrastan esos logros de los judíos con los siete premios Nobel concedidos a ciudadanos de cultura musulmana que son más de 1.400 millones (Bajurto, 2011). Luego veremos las razones de esa situación actual de los países musulmanes. También es enorme el contraste cultural y económico entre los judíos y otras minorías en países occidentales, aunque las circunstancias han sido muy distintas. Los africanos que fueron llevados como esclavos a América han sufrido opresión y grandes dificultades para disfrutar de libertad e igualdad, por lo que su inserción y progreso ha sido difícil y desigual.

Otra minoría dentro de Europa es el pueblo gitano o romaní, que salió de la India hace siglos, estuvo en Persia, Asia Menor (siglo XIV) y en Europa Oriental hasta establecerse en otros países como Francia y España. Siempre han destacado como músicos autodidactas, artesanos, cuidadores de caballos y otros oficios. Han mantenido algunas tradiciones y costumbres, pero no han tenido en estima la palabra escrita. Por eso quizás, al contrario que los judíos, han ido perdiendo en gran parte su memoria, su religión y, en España, su lengua por las prohibiciones sufridas, pero nunca su identidad. Se han adaptado en cada país de diversa forma, a pesar de las dificultades, y han aportado lo mejor de su arte y el ejemplo de su vitalidad.

Como contrapunto al papel destacado que muchos judíos han tenido en ámbitos del pensamiento, el arte o las finanzas está la situación social de los

judíos ultraortodoxos. Muchos judíos, creyentes o no, mantienen ciertas tradiciones y costumbres de su cultura milenaria; incluso algunas rigen en la sociedad de Israel, como las restricciones de trabajo en el Sabbat, hasta el punto de no conectar manualmente nada eléctrico (por aquella prohibición de encender fuego en el día sagrado). En general se han adaptado a las nuevas circunstancias históricas según diversas tendencias: reformados, conservadores, reconstruccionistas, ortodoxos, liberales... Pero los ultraortodoxos —llamados *jaredíes*— las cumplen todas escrupulosamente, por lo que viven al margen de la sociedad y de la modernidad, con sus ropas negras y una largas trenzas. Representan un claro ejemplo de servidumbre a las 613 leyes o *mitzvot* de la Toráh —365 negativas y 248 positivas—, que han perdido el sentido que pudieran tener en el pasado. Los hombres se dedican solo al estudio de la ley y las mujeres trabajan. En Israel siguen aumentando, pues tienen muchos hijos; viven en sus propios barrios o ciudades, y por su representación parlamentaria condicionan la política nacional.

2.2. La usura

Una ley que ha marcado la vida laboral y económica del pueblo judío ha sido la prohibición de la usura, que siempre se había visto como un abuso del rico hacia el pobre, algo muy criticado por los profetas y los maestros de la Ley. También veremos que ese beneficio por prestar dinero, base hoy del sistema bancario, estaba prohibido durante siglos en el cristianismo y lo sigue siendo en el islam. Dado que los judíos no tenían territorio propio, han vivido durante 18 siglos en tierras ajenas, en las que han podido comprar algunas, pero han vivido principalmente de sus conocimientos como médicos, economistas, prestamistas e incluso consejeros de reyes y nobles. (Crespo, 2002)

En la Biblia no se prohíbe el préstamo al necesitado sino el exigir un interés a cambio: «Si prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que habita contigo, no serás con él usurero, no le exigiréis interés» (Éxodo, 22,24). «No tomarás de él ni interés ni usura, antes bien teme a tu Dios, y deja vivir a tu hermano junto a ti. No le darás por interés tu dinero ni le darás tus víveres a usura» (Levítico 25, 36-37). En cambio, estaba permitido prestar con interés a quien no fuera del pueblo judío: «Al extranjero podrás prestarle a interés, pero a tu hermano no le prestarás a interés, para que Yahveh tu Dios te bendiga en todas tus empresas, en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión» (Deut 23,20). Para los judíos, los cristianos no son hermanos, mientras que estos sí

que los considerarán como tales aunque privados de reconocer a Cristo. Este diferente criterio lleva, en la Edad Media, a que los judíos puedan prestar con interés a los cristianos, mientras que estos veían mal la usura tanto en unos como en otros. Los rabinos y filósofos judíos de la Edad Media mantienen ese mismo criterio, aceptando la posibilidad del préstamo con usura a los no judíos.

Lo cierto es que la relación del judío con la actividad mercantil es muy temprana y, posiblemente, son las condiciones de vida que encuentran en las tierras de la diáspora las que obligan a estos hombres a inclinarse por las actividades monetarias, ya sea al comercio, las finanzas o la hacienda. La reinterpretación de la ley divina es fundamental para poder sobrevivir. El judío, siguiendo todo lo expresado anteriormente, niega la usura o el préstamo con interés a un miembro de su pueblo, pero no a un cristiano o un musulmán. (Crespo, 2002, 183)

El que los judíos fueran los únicos que prestaban con usura les granjeó envidia y animosidad. En la tradición cultural y religiosa de Europa, han sido vistos como usureros y avaros. Ese es el estereotipo que ha prevalecido en el prejuicio popular y también en la tradición literaria como la caricatura de Shylock, el usurero judío de *El mercader de Venecia*.

El hecho histórico es que los judíos, gracias a sus hábitos de estudio, reflexión y discusión, han destacado en el comercio, la medicina, la filosofía y sobre todo las finanzas. En este sector han sido, desde la Edad Media y hasta la actualidad, buenos negociantes y banqueros. Esto les ha proporcionado una elevada posición económica, pero también envidias y rechazo social por parte del pueblo y de los gobernantes. Los judíos fueron expulsados de España por los Reyes Católicos (1492), pero antes lo habían sido en otros países europeos: de Francia (1182 y más veces en el XIV), Inglaterra (1290) y Austria (1421). Han vivido dispersos por el mundo y han sido acosados por los pogroms de Rusia y el exterminio (*shoah*) de los nazis, hasta que las Naciones Unidas les permitió establecer un Estado judío en 1948. Hitler llevó a las más crueles consecuencias el odio que durante siglos habían fomentado los cristianos contra el pueblo *deicida*, un motivo para la aversión de los cristianos, al que se ha unido siempre su superioridad económica.

3. LOS CRISTIANOS

En el cristianismo el trabajo se sigue viendo como un castigo divino por el pecado original narrado en el Génesis; se asume como una necesidad y un

medio de ejercer las virtudes que le preparen al creyente para la otra vida. Esa actitud ambigua de valoración y cierto desdén persistirá en la Edad Media y luego en el catolicismo. En el siglo XVI, en cambio, los reformados consideran el trabajo y la prosperidad como una confirmación de estar predestinado para la salvación; al menos así lo explican algunos autores. Veamos cómo evoluciona la relación de los cristianos con el trabajo y las realidades sociales correlacionadas.

Después de morir Jesús, los apóstoles y otros seguidores reavivan la fe en Él y esperan su regreso inminente; por ello dejan incluso de trabajar, venden sus pocas pertenencias y se reúnen en Jerusalén. Pablo de Tarso difunde la “buena noticia” (*eu-angélion*) entre judíos de la diáspora y personas de otras ciudades del imperio. Su esperanza en el regreso inminente de Jesús, expresada en el primer escrito del Nuevo Testamento (I Tesalonicenses 4,15-17), lleva a algunos a no trabajar; pero en la siguiente carta (II Tes 2,2) les advierte de que quizás se retrase ese retorno.

Pablo es quien reafirma la creencia en el pecado original que luego teorizará Agustín de Hipona. Los cristianos siguen viendo el trabajo como un castigo divino, pero también como la mejor forma de ganarse la vida y servir a la comunidad. Pablo presume en varias cartas de que él trabaja para no ser gravoso a nadie y les llega a decir: «Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma» (II Tes 3,8-11).

Los cristianos fueron creciendo lentamente en el primer siglo de nuestra era, y de forma exponencial en los siglos siguientes. Sufrieron muchas crisis internas y divisiones, pues no era fácil tener unidad de criterios ante unas creencias difíciles de reconciliar entre sí y con la razón, y ante las muchas influencias del entorno, tanto filosófico (gnosis, platonismo, epicureísmo, estoicismo, pitagorismo...) como religioso (los misterios de Atis y Mitra, el culto al emperador, etc.).

En los tres primeros siglos, los cristianos atraían a su comunidad a muchos conciudadanos por su altruismo evangélico, por la atención que prestaban a los enfermos, ancianos, viudas, niños y también adolescentes obligadas a casarse y a menudo a abortar; tenían un fondo común para funerales de los pobres y un servicio para las épocas de epidemia. Pero lo que hacía más atractivo al cristianismo era el sentimiento de grupo que les ofrecía. (Dodd, 1975, 177-178; Stark, 2009). La caridad brillaba en muchos cristianos sinceros y su fe los llevó a afrontar terribles persecuciones, sobre todo la novena, en tiempos de Diocleciano (303-313), justo antes de que Constantino les diera plena libertad, con lo que cambió radicalmente su situación y empezaron a medrar en la corte y en el imperio.

El mayor predominio social y político de los cristianos llega con el *Edicto de Tesalónica* del emperador Teodosio, gracias al cual el cristianismo se convierte en religión oficial del estado (380) y se excluyen los demás cultos. El cristianismo se establece con todo esplendor en el Imperio Romano que Teodosio reparte entre sus dos hijos. En oriente, Bizancio (llamada *Constantinópolis* o ciudad de Constantino desde el 330) evita la invasión de los bárbaros, gracias al emperador Justiniano (483-565). El Imperio Romano de Oriente seguirá mil años más, con sus *disquisiciones bizantinas*, sus crisis iconoclastas y su separación de la Iglesia de Roma (1054), hasta la conquista (en 1453) por parte de los turcos, que la llamarán *Istambul*.

3.1. Edad Media cristiana

Entre los siglos III y VII, diversos pueblos del norte de Europa y de Asia invaden el Imperio Romano, ya decadente, y comienza una época difícil para el comercio, la industria y la cultura, que se conservará gracias a los monasterios. Los pueblos bárbaros se cristianizan y van surgiendo las bases de lo que luego serán las naciones europeas. El poder de la Iglesia de Roma está por encima de los reyes, cuyo gran anhelo es reconstruir el Imperio Romano con inspiración cristiana.

El sistema social y laboral prevaleciente era el feudalismo que se basaba en una obligación de obediencia y servicio por parte de un hombre libre, el vasallo, hacia otro hombre más poderoso, el señor. El sistema feudal era en principio de carácter militar, pero terminó siendo un sistema en el que el señor impartía justicia entre los vasallos, los lideraba militarmente, llevaba la administración de su feudo y cobraba tributos a los vasallos a cambio de protección.

Las funciones estaban divididas: los nobles se encargaban de la defensa, el clero de rezar y los campesinos de cultivar las tierras para alimentarse todos. Los campesinos eran los siervos de la gleba, que hacían el trabajo que habían soportado los esclavos en el Imperio Romano. Aunque era considerados como personas libres, su situación no se diferenciaba mucho de los esclavos que habían realizado esas labores más duras.

En el siglo IV hubo cristianos que optaron por retirarse de la vida mundana a los desiertos de Egipto. Prevalecía ya la idea de que el celibato es un estado superior al matrimonio y el mejor camino para dedicarse a lo espiritual. Los monjes (de *mónakos*: uno solo) se fueron uniendo en *cenobios* (vida en común) para vivir dedicados a lo espiritual, justo cuando el cristianismo empezaba a tener libertad. Asumían el celibato, la pobreza y también la

obediencia a quien dirigía la comunidad. De ahí saldrían los *monasterios* (conjunto de *mónakos*) y las reglas monásticas de San Agustín (s. V), San Benito (VI), San Bruno (XI) o San Francisco de Asís (XIII). Tuvieron un gran papel no solo para conservar la sabiduría clásica sino también para promover la economía y ofrecer una alternativa de vida tranquila, laboriosa y espiritual, bajo el lema «ora et labora». Era un sistema de trabajo eficiente, realizado por personas muy disciplinadas y metódicas, que rendían más que los campesinos, los cuales a duras penas sacaban de las tierras suficiente para pagar los impuestos y mantener a los suyos. Un sistema parecido al monacal, pero con familias, se intentaría más tarde en las reducciones de los indígenas organizadas por los jesuitas en Paraguay, los falansterios del XIX (Fourier) y los kibutz y comunas rurales del XX.

Serán los monjes cluniacenses los que promoverán el arte románico (XI-XII), que intenta imitar las grandes construcciones de los romanos, pero a menor escala. Y los cistercienses impulsarán, ya en la Baja Edad Media (XIII-XV), el arte gótico en el que construyen grandes catedrales bajo el patrocinio de la Iglesia, los monarcas o los nobles. Es una época de auge económico en los burgos y ciudades; se forman gremios de canteros y constructores, así como logias de mercaderes en defensa de sus derechos e intereses.

Ese progreso cultural y económico en los últimos siglos de la Edad Media, y a pesar de la gran peste del siglo XIV, evoluciona hacia un Renacimiento que favorece las artes y las ciencias, sobre todo en Italia. La ostentación de poder de la Iglesia Católica llega a su auge con el papa Julio II que promueve una nueva iglesia de San Pedro en Roma, para lo que tiene que recurrir a obtener donaciones incluso con la venta de indulgencias. Es esa la chispa que produce el gran cisma de Occidente a partir de Lutero, seguido por otros reformadores.

3.2. La reforma protestante

Es ya clásico el estudio que hizo el historiador y sociólogo Max Weber en 1905 sobre la influencia de la reforma protestante en el devenir sociológico y económico de Europa. En su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Weber, 1969), repasa los conceptos ideológicos de Lutero y Calvino, que luego evolucionaron en el puritanismo y el metodismo, para concluir que fueron determinantes para asentar un sistema económico, conocido como capitalismo, y que ha llevado a un progreso mayor en los países al norte de Europa que en los países latinos donde ha prevalecido el catolicismo. También empezó a abordar el mismo análisis aplicado a las

religiones de la China y la India. Su tesis ha suscitado desde entonces la aprobación de unos y la crítica de otros.

Para Max Weber resulta evidente que la diferencia entre las praxis económicas, políticas y culturales se debe en gran parte a la religión. A lo largo de su libro analiza las ideas clave de los reformadores para hallar en ellas los fundamentos de la ideología que sustentaría el capitalismo. Uno de los temas principales es la concepción luterana de la vocación o profesión (*Beruf* en alemán).

Lo absolutamente nuevo era considerar que el más noble contenido de la propia conducta moral consistía justamente en sentir como un deber el cumplimiento de la tarea profesional en el mundo. Tal era la consecuencia inevitable del sentido, por así decirlo, sagrado del trabajo, y lo que engendró el concepto ético-religioso de profesión.

Lo propio y específico de la Reforma, en contraste con la concepción católica, es el haber acentuado el matiz ético y aumentado la prima religiosa concedida al trabajo en el mundo, racionalizado en «profesión». Y la evolución del concepto estuvo en íntima conexión con el desarrollo de formas distintas de piedad en cada una de las Iglesias reformadas. La autoridad de la Biblia, de la que Lutero se había servido para acuñar la idea de profesión, favorecerá de ahora en adelante interpretaciones de tipo tradicionalista. (Weber, 1969, 90 y 96)

El concepto de *Beruf* adopta una reformulación más dinámica en Calvino y sus seguidores. Para ellos la profesión o vocación puede cambiarse cuando surja un motivo importante, pues está al servicio de la comunidad. Los calvinistas lo relacionan, además, con la doctrina de la salvación, condicionada a la predestinación en Lutero, pero más aún en Calvino. Dado que el hombre está corrompido por naturaleza, es la voluntad libre de Dios la que condiciona la salvación de cada uno, que no depende de sus obras ni del rito sacramental como en la tradición católica.

La relación causal de la reforma con el capitalismo la matiza Max Weber aceptando que el «espíritu del capitalismo», como finalidad de su trabajo y actividades vitales aparezca ya en sus escritos. Ninguno consideraba la aspiración a los bienes terrenales como un fin en sí, ni los programas de cultura ética representaban aspiraciones humanitarias de reforma social o de

ideales de cultura. La salvación del alma y solo eso era el eje de su vida y de su acción. Los efectos de la Reforma en la civilización eran consecuencias imprevistas del trabajo de los reformadores, desviadas y aun directamente contrarias a lo que pensaban y se proponían. (Weber, 1969, 105 y 106)

Resulta extraño que unas doctrinas religiosas tan preocupadas por la salvación o condenación del creyente y tan centradas en la gloria de Dios hayan provocado una pulsión tan fuerte hacia el trabajo y el progreso económico. M. Weber lo atribuye a varios factores que confluyen: el mensaje cristiano del amor al prójimo, la dedicación compulsiva al trabajo para superar la soledad interior y la creencia en que el éxito en la profesión pudiera ser una confirmación de hallarse entre los elegidos por Dios.

... se prescribe como un deber el considerarse elegido y rechazar como tentación del demonio toda duda acerca de ellos, puesto que la poca seguridad de sí es consecuencia de una fe insuficiente y, por tanto, de una acción insuficiente de la gracia. [...] En segundo lugar, como medio principalísimo de conseguir dicha seguridad en sí mismo se inculcó la necesidad de recurrir al trabajo profesional incesante, único modo de ahuyentar la duda religiosa y de obtener la seguridad del propio estado de gracia. (Weber, 1969, 138)

Lutero y Calvino, en opinión de Weber, rechazaron la idea medieval de que el monje era quien vivía más metódica y religiosamente al alejarse del mundo. Cada cristiano ha de vivir como un monje. Los mejores ideales ascéticos han de realizarse en el mundo, en el trabajo profesional. (Weber, 1969,105)

El resultado negativo de ese esfuerzo por desempeñar al máximo la vocación vino con la acumulación de las riquezas. El fruto del trabajo de los monjes resultaba en una propiedad colectiva, pues mantenían sus votos de pobreza, castidad y obediencia. El reformado, en cambio, volcado ascéticamente en su trabajo, tenía difícil evitar el apego a las riquezas por él creadas, aunque las dedicara a su familia y quizás a obras benéficas. Esto llevó a la formación de capitales y a una conducta burguesa del puritano, con lo que nació el moderno «hombre económico». Ahora bien, estos ideales de vida fracasaron al no poder resistir la dura prueba de las «tentaciones» de la riqueza, bien conocidas por los mismos puritanos.

Los metodistas son en todas partes laboriosos y ahorrativos; por consiguiente, aumenta su riqueza en bienes materiales. Por lo mismo, crece en ellos la soberbia, la pasión por todos los antojos de la carne y del mundo,

el orgullo de vivir. Subsiste la forma de la religión, pero su espíritu se va secando paulatinamente». (Weber, 1969, 248 y 250)

Entre las diversas críticas a la tesis de M. Weber se pueden señalar estas: El fenómeno del capitalismo parece ser anterior al protestantismo calvinista. Los estados católicos renacentistas de Lombardía, Génova y Venecia ya eran regiones ricas con una gran producción artesanal y unas pujantes relaciones comerciales. También Francia fue uno de los países más ricos en los siglos XVI y XVII.

Las causas económicas del desarrollo capitalista son quizá más influyentes que las de carácter religioso: el desarrollo de las ciencias, los nuevos descubrimientos geográficos, la formación de nuevas organizaciones políticas nacionales (Brentano, Tawney, Ashton, Robertson y Kraus). Según los marxistas, el calvinismo fue un efecto del capitalismo, fue la religión idónea para la nueva clase burguesa; según otros, fue solo una circunstancia que ayudó al desarrollo del capitalismo (Robertson) o una doctrina que lo legitimaba (Tawney). (Milanesi, 1974, 114 y 121)

Desde un enfoque más psicológico subraya ese mismo contraste entre la ideología católica y la reformada el psicólogo Erich Fromm en *El miedo a la libertad*.

El calvinismo atribuía mucha importancia al esfuerzo humano incesante. [...] El estado de angustia, el sentimiento de impotencia e insignificancia, y especialmente la duda acerca del propio destino después de la muerte, constituyen un estado de ánimo prácticamente insoportable para cualquiera. [...]

Un camino posible para escapar a este insoportable estado de incertidumbre es justamente ese rasgo que llegó a ser tan prominente en el calvinismo: el desarrollo de una actividad frenética y la tendencia impulsiva a hacer algo. [...]

No existe ningún otro período de la historia en el cual los hombres libres hayan dedicado tantas energías a un solo propósito: el trabajo. La tendencia compulsiva hacia el trabajo incesante fue una de las fuerzas más productivas, no menos importante para el desarrollo de nuestro sistema industrial que el vapor y la electricidad. [...]

La subordinación del individuo como medio para fines económicos se funda en las características del modo de producción capitalista, que hace de la acumulación de capital el propósito y el objetivo de la actividad económica. Se trabaja para obtener un beneficio, pero este no es obtenido con el fin de ser gastado, sino con el de ser invertido como nuevo capital; el capital así acrecentado trae nuevos beneficios que a su vez son invertidos, siguiéndose de este modo un proceso circular infinito. (Fromm, 1947, 102, 105, 112 y 120).

En los países del sur de Europa y en Iberoamérica el desarrollo económico ha sido inferior en general, pero no en todos los países. La contrarreforma católica llevó al declive del Imperio Español, cuando se gastaba el oro y la plata que venían de América en las luchas contra los protestantes, causando varias crisis económicas en pleno esplendor imperial del XVI. La represión de ideas apartadas de los dogmas y de las prácticas establecidas llevaron a un clima de oscurantismo y al poder represivo de la Inquisición. Los nobles mantenían sus privilegios y no consideraban el trabajo ni el comercio como dignos de su estatus. El trabajo se seguía viendo como un castigo divino que se ha de ejercer por pura necesidad. Pero también fue en ese siglo cuando los escolásticos (Escuela de Salamanca y de Coímbra) plantearon la defensa de los indios, los derechos subjetivos de las personas, el derecho internacional y los fundamentos de la ciencia económica.

3.3. La secularización

Dentro de la Iglesia Católica ha persistido hasta hoy la diferenciación entre el clero por un lado (jerarquía, sacerdotes y monjes) y el pueblo por otro, a los que se denomina laicos (del griego *laos*: pueblo). Desde el siglo XIII los monjes empezaron a salir de sus monasterios para predicar (franciscanos, dominicos, jesuitas...) y también para labores de beneficencia y educación. Desde entonces han surgido entre el clero, y fuera de él, personas de gran humanidad que, animadas por el ejemplo de Jesús de Nazaret, dedican su vida al trabajo asistencial cuidando de los enfermos y los más necesitados, en unos tiempos en que los gobernantes apenas ofrecían recursos para ello. Son muchas las órdenes y asociaciones de fieles fundadas para la educación y la atención sanitaria de quienes no tenían acceso a ellas, junto con el objetivo de renovar la fe cristiana o cristianizar a los “infieles” de países lejanos. Esos objetivos de cristianización se han buscado siempre junto con la ayuda educativa, sanitaria y social, pero es ahora cuando estas últimas prevalecen en la labor de misioneros y misioneras, sean religiosos o laicos.

En tiempos modernos los Estados han ido asumiendo muchas prestaciones que antes eran atendidas por gremios, cofradías e instituciones religiosas. Han surgido también muchas organizaciones altruistas de muy diverso signo para atender a las necesidades que los poderes públicos no cubren, desde la Cruz Roja (1863) a los diversos organismos de las Naciones Unidas (1945). No obstante, las diversas iglesias han proseguido con su labor de servicios sociales, que antes se llamaban de “beneficencia”. La Iglesia Católica sigue

siendo líder en servicios de trabajo social, a tiempo completo o de forma voluntaria. Administra miles de escuelas, institutos y universidades con más de 50 millones de alumnos; 5.192 hospitales, 15.481 dispensarios, 577 leproserías, 15.423 casas para ancianos, enfermos crónicos y minusválidos, 9.295 orfanatos, 10.747 jardines de infancia; 12.515 consultorios matrimoniales, 31.091 instituciones de otro tipo. Destaca la obra de *Caritas Internationalis*, una confederación de más de 160 miembros.

El cristianismo ha sido durante siglos la ideología predominante en Europa. Pero a partir del siglo XVI ha sufrido no solo la escisión de los reformados sino también otro proceso que terminaría por desbancar el gran poder económico, cultural y social de la Iglesia Católica. Es el proceso de secularización que comenzó al final de la Edad Media, tan centrada en Dios y en la otra vida, para pasar al Humanismo y a un Renacimiento antropocéntrico. Es entonces cuando adquiere más valor el arte y el trabajo de personas concretas y la competencia entre ellas. También se desarrolla un sistema *bancario* que proviene del *banco* con un tapete verde sobre el que los banqueros judíos de Florencia ofrecían sus préstamos.

Tras la Reforma, la Contrarreforma y las guerras de religión europeas (1524-1697), aparece otro movimiento cultural: la Ilustración, que se separa claramente de las creencias religiosas que habían condicionado a los pueblos de Europa. Se quiere “ilustrar”, a través de la razón y el conocimiento de las ciencias, a una sociedad que se considera sumida en la oscuridad de la superstición y la ignorancia. Destaca la labor cultural de los enciclopedistas franceses y la defensa de los derechos humanos por parte de Voltaire y del marqués de Beccaria.

La depresión económica y las desigualdades sociales llevaron al pueblo de París a la toma de la Bastilla (1789). La revolución francesa (burguesa y truncada pronto por Napoleón) se propuso acabar con el antiguo régimen en el que dominaba la monarquía, la iglesia y la nobleza. En ella se establecieron los derechos del ciudadano, pero la condición inferior de la clase trabajadora, en el campo o en las ciudades, no mejoró. Las verdaderas revoluciones de los trabajadores fueron a mediados del siglo siguiente, sobre todo en el año 1848, cuando la revolución industrial iniciada en Gran Bretaña se había extendido a otros países europeos y los obreros vivían en condiciones deplorables y sin apenas derechos. Pero ya se había abierto una brecha entre los poderes tradicionales del antiguo régimen, los que se sentaban a la “derecha” en el parlamento, y las fuerzas reivindicativas, que se calificarían desde entonces como la “izquierda”.

Pocos años antes (1776) se habían independizado las colonias iniciadas por puritanos emigrados a Norteamérica y que crearon los Estados Unidos de América con la primera constitución democrática de la historia (1788). Desde finales del XVII su economía se basaba en el trabajo de los esclavos negros traídos de África, pues la esclavitud era justificada en la sociedad cristiana y en la musulmana; solo fue abolida en los estados del Norte (1780 y 1804), pero persistía en los del Sur hasta la guerra civil (1861-1865). A lo largo del siglo XIX se fue logrando la abolición en diversos países de América y Europa.

El papel de la religión cristiana fue perdiendo la importancia que había tenido siglos atrás. Tras el racionalismo y anticlericalismo de los ilustrados y los revolucionarios del XVIII, surgieron filósofos que atacaban las creencias religiosas tradicionales: Dios, la vida ultraterrena, la conformidad con el sufrimiento y otros valores cristianos que habían servido para mantener las condiciones laborales y las grandes diferencias sociales, agravadas por la revolución industrial y la explotación de las minas.

Las nuevas corrientes de pensamiento no solo se enfocan hacia el ateísmo sino también a la reivindicación de los derechos, ya propugnados por la Revolución Francesa: libertad, fraternidad e igualdad. Los socialistas utópicos buscan soluciones para los problemas de los trabajadores, pero Marx y Engels los consideran ineficaces. Sobre la base de la dialéctica hegeliana, que Feuerbach convierte en dialéctica materialista y atea, Marx y Engels plantean la lucha de clases y la dictadura del proletariado en el *Manifiesto Comunista* (1848) y en *El Capital* (1867). Los anarquistas Proudhon, Bakunin y Kropotkin plantean la abolición total del sistema y promueven una economía no opresiva en la que se intercambien los productos del trabajo.

La Iglesia Católica oficial reacciona tardíamente ante todos esos retos. El papa Pío IX se limita a condenar el socialismo y el liberalismo económico en la encíclica *Quanta Cura* (1864). Su sucesor León XIII emite la primera encíclica social, la *Rerum Novarum* (1891), en la que defiende la propiedad privada, expone los principios para buscar la justicia social y apoya el derecho de los trabajadores a formar uniones o sindicatos, lo que luego se llamaría corporativismo. El sistema económico que propone para distribuir mejor la propiedad privada y los medios de producción se conocerá como “distribucionismo”. A la luz de la doctrina social de esa encíclica y las ideas de Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, se desarrollará la democracia cristiana. Cuarenta años después (1931), Pío XI reitera las mismas enseñanzas en la *Quadragesimo Anno* intentando una vía media entre el liberalismo y el socialismo.

A mediados del XIX habían aparecido asociaciones laicas en defensa de los católicos contra los ataques anticlericales. Será un siglo después cuando se crea la Acción Católica Obrera (ACO) y la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC). Desde entonces son muchas las organizaciones católicas que han procurado defender los derechos de los trabajadores, inspirados en esa doctrina social, y han colaborado con otras organizaciones y sindicatos de diversas ideologías en la defensa de los trabajadores. Esto es más patente aún en las nuevas “teologías del Sur” (Tamayo, 2017) que cuestionan el racismo eurocéntrico y fijan su atención en los silenciados: las etnias que han sido sometidas, las mujeres, los pobres, todos aquellos que no han tenido en cuenta los teólogos europeos, varones y blancos. La “teología de la liberación” surgió, a mediados del siglo pasado, en algunas iglesias protestantes —sobre la base ideológica de teólogos más liberales— y a la vez en Sudamérica. En Argentina se le ha llamado “teología del pueblo”, con la que sintoniza el papa Francisco, quien denuncia la esclavitud actual, la violencia, el neoliberalismo y la desigualdad. Todos ellos se centran en seguir el ejemplo de Jesús en el servicio a los seres humanos, especialmente a los más pobres.

4. LOS MUSULMANES

El islam anima al trabajo y detesta la pereza. Cada musulmán debe trabajar de forma diligente para ganar un sustento y todo lo necesario para una vida humana digna, de modo que no dependa de la ayuda económica de nadie (mundoislam.com). Debe hacerlo con diligencia, sin engañar ni aceptar sobornos, siendo un miembro activo de la sociedad en la que vive.

Pero una vez concluida la Oración, id y repartíos por la tierra y buscad el sustento del favor de Al-lah. Y recordad mucho a Al-lah para que podáis tener éxito (Corán, 62: 10). Di: trabajad; que Al-lah verá vuestras obras, así como Su mensajero y los creyentes. (Corán, 9:105). Él es Quien ha hecho la tierra dócil para vosotros, caminad pues por sus confines y comed de Su provisión. A Él es el retorno (Corán, 67:15).

La tradición profética está llena de los principios que destacan la importancia del trabajo en la vida del ser humano. Un *hadiz* (tradición) cuenta que Muḥammad dijo: «Ninguno de vosotros come algo mejor que lo que se ha ganado con sus propias manos». Los derechos de los trabajadores están bien garantizados en el islam. El empresario, por su parte, debe pagar salarios justos y no tratar a sus subordinados con orgullo ni humillarles

(mundoislam.com). Otra tradición atribuye esta afirmación al Profeta: «Da al obrero su salario antes de que el sudor se haya evaporado de su piel».

Aunque Muḥammad no había recibido una formación religiosa especial, creció en una sociedad que contaba con una capacidad de resistencia y una habilidad para comerciar a través del desierto y para defenderse. Él elevó a su nivel más alto el uso del árabe, el arte más factible para los habitantes del desierto. El Corán y los dichos que se le atribuían (los *hadices*) promovieron las diversas ciencias en los primeros siglos del islam. Algunas leyes, como la hospitalidad, el *zakat* (limosna) y la prohibición de la usura, incidieron en la evolución económica de los musulmanes.

La rápida labor civilizadora y religiosa de Muḥammad fue sobrehumana. La edad de oro del mundo islámico duró del siglo VIII al XIV (Khader, 2010, 170), incluso hasta el XV; se suele fechar su comienzo al fundarse Bagdad (762), y su declive cuando los mongoles la saquean (1258). En matemáticas les debemos los números arábigos, los guarismos, la trigonometría; en química, el alcohol, el ácido nítrico, el alambique, la destilación y la cristalización. En medicina destacan los avances en cirugía, oftalmología y epidemiología; los hospitales (Avicena); la circulación menor, descubierta por Ibn al-Nafis en Egipto (estudiada tres siglos después por Miguel Servet y por William Harvey). Sus conocimientos astronómicos y el astrolabio facilitaron sus propios descubrimientos (Ibn Batuta) y los viajes de Colón; su progreso agrícola, tecnológico (Al Jazari) e industrial; las universidades; la historiografía y la sociología (Ibn Jaldun); los estudios sobre Aristóteles (Avicena, Ibn Tufail, Averroes y Algazel). En España fueron acogidos como liberadores y transmitieron muchos conocimientos que facilitarían el renacimiento europeo. Por el contrario, siglos después, la expulsión de los moriscos (1609-1613) tendrían consecuencias negativas para la agricultura y las finanzas del imperio.

4.1. Declive de la cultura islámica

Fueron las derivaciones hacia el puritanismo (desde el siglo XI) las que llevaron a un declive progresivo de la ciencia y de la economía en los países islámicos y a su inferioridad ante las potencias europeas. Mientras la Europa cristiana iba entrando en una época en la que progresaba el humanismo, la ciencia y la filosofía, el mundo islámico (*Dar al-Islam*) fue pasando por diversas etapas de decadencia y fanatismo religioso, con crisis económicas y de identidad. Ya en los siglos XI, XII y XIII hubo derivaciones hacia el puritanismo con los almorávides, los almohades y los benimerines que del

Norte de África irrumpieron sobre los reinos de taifas de la Península Ibérica. A la desintegración política de los sucesivos califatos y la independencia de los emiratos, se añadieron las invasiones del imperio mongol que en el siglo XIII se extendió por gran parte de Asia y el Este de Europa. Algunos teólogos y juristas empezaron a cerrar la puerta a la investigación en los estudios artísticos, científicos y filosóficos.

... los turcos otomanos, que se constituyeron a partir del siglo XV en el principal centro de poder del Islam, a pesar de contar en abundancia con los medios necesarios para encarar un renacimiento científico y cultural, cultivaron el proceso de anquilosamiento, quietismo y apatía fomentado desde los ámbitos rigoristas ortodoxos (Elía, 2018).

La guerra entre Rusia y el Imperio Otomano acabó con la derrota de este en 1774. Napoleón invadió Egipto en 1798 con el plan de cortar la ruta británica a la India, aunque se tuvo que retirar fracasado tras dejar muchos muertos. A partir de esa fecha se puede ver cómo la historia de Oriente Próximo estará marcada por las interferencias de las grandes potencias europeas (Khader, 2010, 70). Luego se sucedieron una nueva derrota de los otomanos ante Rusia (1806), dos guerras calamitosas entre Irán y Rusia (1804-1828), la ocupación francesa de Argelia (1830), la anexión del imperio mogol en la India por parte de los británicos (1858) y las epidemias de cólera por todo el mundo musulmán. En los dos últimos siglos, las potencias europeas se han repartido la influencia en países que habían sido esplendorosos (Elía, 2018) y han competido por acaparar los recursos, sobre todo el petróleo que la suerte ha deparado a algunas tierras de Oriente Próximo.

La reticencia a aceptar esquemas y prácticas occidentales ha retrasado en algunos países musulmanes la industrialización, los procesos de democratización, la incorporación de la mujer al trabajo, etc. ('Abdu'l-Bahá, 2011). La sensación de decadencia se acrecentó con la caída del Califato (1924), la máxima autoridad religiosa del islam suní mayoritario, y con el reparto del Imperio Otomano en protectorados europeos. Todo esto ha fomentado en muchos musulmanes un complejo de inferioridad y victimismo, culpabilizando a occidente de todos sus problemas. Al ver que la supremacía sobre Occidente (hasta el siglo XII) se ha convertido en decadencia, se han dado varias respuestas: tradicionalista, liberal, socialista, arabista, desarrollista, islamista... (Khader, 209-232). A mediados del XIX surgió el *panislamismo* para unir a todos los musulmanes y como réplica a las

amenazas y los proyectos de dominación del imperialismo europeo; pero también para combatir la decadencia y el quietismo que embargaban al mundo musulmán (Elia, 2018).

Actualmente, frente al materialismo occidental, y viendo que ciertos sistemas europeos no solucionan sus problemas, hay entre los musulmanes una reacción defensiva para mantener sus propios valores, a la vez religiosos y nacionales. A pesar de las diferencias económicas y políticas, siguen teniendo la conciencia de pertenecer a una gran comunidad supranacional (*umma*) y a una Fe que los une, pero que no les basta para darles cohesión.

Muchos países con mayoría musulmana se caracterizan por carestía de agua, exceso de población juvenil sin perspectivas laborales, regímenes políticos poco democráticos y recelo hacia el predominio de los “países cristianos”. Todo eso ha favorecido el fanatismo religioso y el odio hacia Occidente (Emanuele, 2016). El petróleo ha sido un golpe de suerte para algunos países musulmanes, más bien desérticos y sin apenas otros recursos naturales, lo que ha provocado conflictos de intereses con países occidentales y en algunos casos excesiva riqueza, mientras las estructuras sociales y la mentalidad no se han modernizado a la par que en otros países desarrollados. El papel de la religión, como en nuestra Edad Media, es excesivo. Y las propias divisiones internas, sobre todo entre suníes y chiíes, los enfrentan continuamente. Por eso, el terrorismo se disfraza de religioso, pero tiene raíces históricas y sociales; es una especie de revancha por todas las humillaciones que padecieron (Moulessehoul, 2017).

4.2. La usura en el islam

Los musulmanes en general siguen las leyes y tradiciones de su religión más fielmente que los habitantes de países cristianos; esto les exige una moral en el trabajo, el comercio y en otros aspectos de la vida. Uno de ellos es el de las finanzas. Muḥammad mantuvo algunas leyes judías que los cristianos habían soslayado, como la circuncisión y la prohibición de las imágenes y de la usura.

El Islamismo condena el cobro y el pago de todos los intereses porque los considera nefastos a la convivencia social y a la libertad del ser humano. En el periodo pre-islámico, las deudas pecuniarias impagadas convertían al deudor en esclavo del acreedor. [...] El actual rechazo social hacia las especulaciones financieras [...] ha impulsado cierto protagonismo a la banca

islámica [...]. Sus principios proclaman la responsabilidad, la transparencia y la moderación en las transacciones financieras.

La Sharia señala un camino éticamente posible para la actividad financiera internacional. Se puede obtener prácticamente los mismos niveles de financiación y rentabilidades sin volcar sobre la sociedad pérdidas motivadas por transacciones opacas y, muchas veces, al margen de la legalidad (García Júnior, 2014, 306, 308 y 313).

En ese sistema, la banca y la empresa privada se implican en la cogestión activa y asumen proporcionalmente las ganancias y las pérdidas. Aunque en occidente se consideraba un sistema utópico, actualmente los mayores bancos occidentales están entrando en el negocio de la banca islámica, interesados especialmente en la riqueza de Oriente Medio generada por el petróleo.

Las Finanzas Islámicas son una alternativa económica diseñada para atender las necesidades financieras de las poblaciones musulmanas frente a los problemas del sector financiero [...] se promueve la inclusión y profundización financiera a través de contratos de riesgo compartido y de redistribución de riqueza, buscando que el segmento económicamente más capaz comparta los riesgos del segmento menos favorable para redimir su derecho a una vida digna (De la Orden, 2015). Al igual, se utilizan los microcréditos para ayudar en la mejorar de la calidad de vida (Macías, 2019, 10-11).

5. LOS BAHÁ'ÍS

Los presupuestos ideológicos de los bahá'ís les favorecen para afrontar los retos de la globalización: ausencia de líderes unipersonales, consulta para la toma de decisiones, cooperación, coparticipación y una valoración positiva de la naturaleza humana, del trabajo y de la propiedad. Se valora el trabajo como medio de contribuir a la sociedad, es un deber sagrado y, si realiza con espíritu de servicio, es un acto de adoración.

Los bahá'ís se sienten continuadores de la esencia de cuatro religiones de Oriente Próximo que les precedieron: el zoroastrismo, el judaísmo, el cristianismo y el islam. Su fundador, Bahá'u'lláh (1817-1892), era un musulmán chiita de Irán, descendiente del último rey sasánida que era zoroastriano, como todos los persas hasta la conquista islámica. Los zoroastrianos (llamados también mazdeístas o parsis) han sido siempre buenos comerciantes, honrados, pacíficos, sencillos y alegres, con una

esperanza firme en la otra vida, a la vez que con un gran amor hacia esta. Se esfuerzan por mantener puros los cuatro elementos: fuego, tierra, aire y agua. Sus normas de conducta se resumen en tres consignas, similares a las de otras religiones: buenos pensamientos, buenas palabras y buenas acciones. Los bahá'ís continúan con ese espíritu positivo de honradez, laboriosidad y relaciones pacíficas con todos, de cualquier ideología que sean.

La espiritualidad bahá'í se caracteriza por una actitud positiva hacia el disfrute apropiado de lo bueno que ofrece la vida y hacia el futuro de la humanidad; por la moderación, tanto en la vida de cada uno como en la sociedad; por la excelencia en todas las cosas, la limpieza, el orden, el respeto a la naturaleza y a todas las formas de vida, a la belleza y al arte. Los escritos bahá'ís no consideran la pobreza como un estado de mayor santidad, sino una limitación humana, casi siempre fruto de la injusticia social y, ocasionalmente, de la desidia propia (Shams, 1995). Creen que el sistema económico dominante ha de evolucionar hacia otro nuevo que armonice las ventajas de los sistemas conocidos y evite sus defectos (Miller, 2016, 15).

Desde la prisión en la que estuvo confinado, Bahá'u'lláh escribió cartas a los principales gobernantes y dirigentes religiosos de su época (hacia 1870) urgiéndolos a detener la carrera de armamentos y a unirse para establecer una paz definitiva. Animaba a los monjes a dejar los conventos y llevar una vida familiar y de trabajo en el mundo. En sus escritos prohíbe a sus seguidores la mendicidad y la vida enclaustrada, tan exaltadas en otras religiones (budistas, sufíes, órdenes mendicantes). También los anima al estudio, las ciencias y el trabajo artesanal. Ningún bahá'í puede vivir solo de rentas o de beneficencia.

Vosotros sois los árboles de Mi jardín; debéis dar frutos excelentes y maravillosos para que vosotros mismos y otros os beneficiéis de ellos. Así, incumbe a todos ocuparse en oficios y profesiones, pues en esto se basa el secreto de la riqueza [...]. Los mejores de los hombres son aquellos que se ganan el sustento con su profesión y lo gastan en sí mismos y en sus familias por amor a Dios, el Señor de todos los mundos (Bahá'u'lláh, 1994, 2ª parte en persa, n. 80 y 82).

A cada uno de vosotros se os ordena que os dediquéis a alguna forma de ocupación, como un oficio, un arte y otras similares. Nosotros hemos exaltado misericordiosamente vuestro trabajo al rango de la adoración a Dios (Bahá'u'lláh, 2002, 39).

Desde su origen a mediados del siglo XIX, los bahá'ís promovieron en Persia la educación tanto de niños como de niñas, a las que se les da una importancia mayor por ser las más decisivas en la educación de los hijos. De

hecho, el nivel laboral y económico de los bahá'ís en su país de origen ha sido elevado a pesar de la oposición social que han sufrido siempre. Muchos bahá'ís iraníes y de otros países se han dispersado por el mundo y han prosperado valiéndose de sus negocios o de su trabajo profesional para mantener a sus familias. En poco más de siglo y medio se ha formado una comunidad de unos siete millones de personas de todas las procedencias religiosas, étnicas y culturales. No tienen clero profesional, sino que eligen cada año a los responsables, quienes actúan en consejos (asambleas locales y nacionales); solo la institución internacional es elegida cada cinco años por los miembros de todas las asambleas nacionales. Tratan los asuntos mediante un método de consulta en el que se respeta la opinión de todos y se decide por mayoría. Eligen uno o una para coordinar la reunión, un secretario o dos y un tesorero. Nadie tiene personalmente ningún rango superior a los demás. Los bahá'ís ofrecen educación en valores universalistas a los niños y jóvenes, sean de su comunidad o no. Valoran la educación de las nuevas generaciones como el mejor medio de transformación social. En sus escuelas tutoriales (407) y académicas (348), en unos 70 países, conviven educandos de muy diversas nacionalidades y confesiones religiosas

Los bahá'ís defienden en diversos foros el estudio de nuevas formas de gobernanza, más participativas y colaborativas, y de medios efectivos para eliminar los extremos de riqueza y pobreza: la economía colaborativa, la justicia, la igualdad de género, la unidad entre los empleados, la participación de los mismos en la toma de decisiones y en los beneficios de la empresa, la complementariedad entre el capital y el trabajo, los impuestos progresivos y las ayudas sociales (Lerche, 1999, 185-203).

También promueven la ética y el respeto a la naturaleza en toda clase de empresas y trabajos (<http://ebbf.org/>). Hay expertos en finanzas y liderazgo que están derivando de las enseñanzas bahá'ís las orientaciones prácticas para dirigir los negocios y la economía de una forma justa y eficaz.

Creo que la religión (no en todas sus formas y manifestaciones, pero sí la esencia de la religión) no entra en contradicción con lo que es bueno para el avance de los negocios, la economía o la ciencia. Por el contrario, los criterios morales no sometidos a los caprichos de las modas intelectuales pasajeras, la confiabilidad que tiene su origen en la sumisión a Dios y una cosmovisión que atribuye a las empresas el papel de contribuir al desarrollo del Plan de Dios son elementos que tienen tendencia a facilitar y enriquecer nuestra vida empresarial. Creo que la religión tiene que ajustarse a las leyes de la ciencia

porque, inevitablemente, la verdad tiene que ser un todo unificado y no un caos de contradicciones (Miller, 2016, 15).

Las obras sociales, iniciadas hace cien años en Irán, se están desarrollando en muchas comunidades bajo la coordinación de una *Oficina de Desarrollo Económico y Social* (1983). También se promueve, en colaboración con otras organizaciones afines, la conservación de la naturaleza, la banca comunitaria, la productividad agrícola o los medios de comunicación social (<http://bahai-library.com/bic>). Sus emisoras ayudan a conservar tradiciones y lenguas locales, y ofrecen orientación familiar, agrícola y conocimientos adecuados al entorno. En vez de la ayuda asistencial externa, que mantiene la pasividad habitual, los bahá'ís fomentan la autogestión.

Las iniciativas bahá'ís de desarrollo social y económico se basan en el principio de que las poblaciones deben ser las protagonistas de su propio progreso material, espiritual e intelectual, y no meros receptores o participantes. La mayoría de estas iniciativas se sostienen con los recursos de las comunidades locales que las llevan a cabo. [Se reconoce] la importancia de ser prósperos en medios materiales, infraestructuras y tecnología, pero es de igual o mayor importancia que las comunidades sean prósperas en la unidad familiar y social, en la armonía, en la altura de miras, en la paz, en la generosidad, en la justicia y en la igualdad entre hombres y mujeres. [...] La esperanza es que los niños de todas las sociedades crezcan con una mayor conciencia de que la acumulación de riqueza no sólo debe beneficiarles a ellos mismos, sino que debe ser una fuente de riqueza y felicidad para los demás

BIBLIOGRAFÍA

'Abdu'l-Bahá: *El secreto de la civilización divina*. Editorial Bahá'í. Terrassa, 2011.

Bahá'u'lláh: *Las Palabras Ocultas*. Bahá'í. Terrassa, 1994.

Bahá'u'lláh: *Tablas de Bahá'u'lláh*. Bahá'í. Terrassa, 2002.

Crespo Álvarez, Macarena: "Judíos, préstamos y usuras en la castilla medieval. De Alfonso X a Enrique III". Universidad Autónoma de Madrid. Edad Media. Revista de Historia, 5 (2002).

Dodd, E. R.: *Paganos y cristianos en una época de angustia*. Cristiandad. Madrid, 1975.

Fourier, Charles: *Œuvres complètes de Ch. Fourier*. París: Librairie Sociétaire, 1841-1848.

Fromm, Erich: *El miedo a la libertad*. Paidós, Barcelona, 1947.

García Júnior, Armando: “La ética en las finanzas islámicas”. *Revista da Universidade Vale do Rio Verde*, 2014, pp. 306, 308 y 313.

Khader, Bichara: *El mundo árabe explicado a Europa*. Icaria. Barcelona, 2010.

Lerche, Charles: *Una nueva justicia para una sociedad global*. Bahá'í. Terrassa, 1999.

Macías Ramos, María Victoria: *Finanzas islámicas: una posible solución a la deficiente profundización e inclusión financiera del sistema bancario colombiano*. Univ. Lasalle, Bogotá, 2019.

Milanesi, Gian Carlo: *Sociología de la religión*. CCS Madrid, 1974.

Miller, Lawrence M.: *La empresa espiritual. Construir la empresa con espíritu de servicio*. Ed. Bahá'í. Terrassa, 2016.

Shams, Badí: *La economía del futuro. Una recopilación de los escritos bahá'ís*. Bahá'í. Terrassa, 1995.

Stark, Rodney: *La expansión del cristianismo. Un estudio sociológico*. Trotta. Madrid 2009.

Tamayo, Juan José: *Teologías del Sur*. Trotta, 2017.

Toynbee, Arnold J.: *Estudio de la historia*. Alianza, 1981.

Villa Prats, Elena: *Finanzas Éticas*. Univ. Illes Balears, 2014.

Weber, Max: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ed. Península. Barcelona, 1969.

WEB

Elía, Ricardo H. S.: *Panislamismo; Decadencia y renacimiento de la sociedad islámica - (Civilización del Islam)* <http://islamorient.com> (04/10/2018)

Emanuele, Vincent: <http://www.telesurtv.net/opinion/Yo-ayude-a-crear-ISIS-20160104-0009.html> (04-01-16)

Moulessehoul, Mohammed:
<http://www.elmundo.es/cultura/2017/05/03/590993aa468aebf9518b4571.html>

http://bahai-library.com/bic_conservacion_desarrollo_sostenible

<https://bajurtov.wordpress.com/2011/10/07/1400-millones-de-musulmanes-7-premios-nobel-%E2%80%93-12-millones-de-judios-169/>

<http://ebbf.org/> (EBBF: Ethical people building the future)

<https://mundoislam.com/islam/2018/11/13/el-islam-y-el-trabajo/>

<http://news.bahai.org/media-information/statistics>

<http://news.bahai.org/story/1145>